



El interés de preguntarse*

Juan Vázquez García

Rector de la Universidad de Oviedo
Presidente de la CRUE

No hay nada más normal que la Universidad se haga presente en un curso, en una Escuela. Lo hacemos un año más en esta Escuela de Verano de UGT con la satisfacción añadida de ver a muchos de nuestros estudiantes; de saber que el espíritu que la inspira es el de constituir un foro de diálogo y de comunicación, un espacio para una conversación imprescindible entre sindicalistas, universitarios, políticos y profesionales; y de constatar que constituye una expresión más del entendimiento y la estrecha relación que hay establecida entre la Universidad de Oviedo y nuestros amigos de UGT.

Parece que un curso ha de ser un lugar para enseñar y para aprender, para transmitir conocimiento y mostrar verdades y no dudo que será de ese modo con una selección de ponentes tan destacados y con un programa tan atractivo y casi

* Texto proporcionado por el interviniente

inabarcable, que nos invita a hablar de recursos naturales, desarrollo económico y geopolítica, hoy un 11 de septiembre, esa fecha que quedó grabada en la historia hace ahora cinco años con unas imágenes que por mucho que se repitan nunca dejarán de provocarnos una absoluta perplejidad y enormes interrogantes acerca de cómo el mundo es y de cómo el mundo ha dejado de ser.

Por eso me gustaría hoy reivindicar la necesidad de preguntarse sobre el mundo en que vivimos y sobre el que queremos construir; reivindicar el interés de un curso como éste más que para responder para preguntarse, para entablar un diálogo que pueda parecerse a una conversación, para incorporar nuevos lenguajes y proyectos que se echan en falta y para romper con la indiferencia que, en ocasiones, parece que nos atenaza.

Es eso, a mi modo de ver, lo que más se necesita en tiempos como los actuales en que la apariencia de certezas esconde paradójicamente una profunda crisis de las certezas; en que se preconiza la seguridad precisamente cuando más se ha desarrollado la sociedad del riesgo, cuando la individualización sigue y la incertidumbre crece, como ha dicho Ulrik Beck; y cuando adoctrinar desde púlpitos, aunque sean laicos, parece preferirse al saludable ejercicio de la interrogación y de la duda.

La apariencia de certezas y la ausencia de preguntas es algo que se extiende por muchos territorios y singularmente por el de una economía que parece preocupadamente empeñada en reducir al ciudadano a la estricta condición de "homo economicus". En uno de esos libros de impacto que tanto furor hacen en los aeropuertos, *Freakonomics*, dice Levitt que "la economía es una ciencia que cuenta con herramientas excelentes para la obtención de respuestas, pero que sufre una serie escasez de preguntas interesantes".

Por eso, aunque no acierten con las respuestas hay que reivindicar hoy a quienes tienen capacidad de hacerse preguntas, a quienes en vez de afirmar dudan, a quienes en lugar de adoctrinar proponen una conversación que concibe al otro más que

como amenaza como promesa y como interlocutor de una razón que nadie puede atribuirse en exclusiva.

Preguntarse es un modo de salir de la apatía y romper con esta sociedad de la indiferencia en la que aunque se diga no se escucha, en la que el diálogo objetivo se hace imposible porque lo importa no es lo que se dice sino quien lo dice, en que solo vale el mensaje elemental que hace que las democracias pierdan densidad y que nos ha llevado, como dice Agamben, a que “nunca una época ha estado tan dispuesta a soportarlo todo y, al mismo tiempo, a encontrarlo todo tan intolerable”.

Hay que preguntarse, porque como dice el periodista argentino Ezequiel Fernández-Moores, “estamos informados de todo, pero no nos enteramos de nada”, porque como señala Alain Touraine “La izquierda se habrá librado de viejos prejuicios, pero ha adquirido otros” y porque cuando creíamos tener las respuestas, nos cambiaron las preguntas y “la derecha ha aprovechado el periodo de desconcierto... para someter a la ciudadanía a un cursillo de reciclaje doctrinal acelerado”.

Interrogarse es el modo que está más a nuestro alcance para refrescar lenguajes que se han vuelto recurrentes y gastados, para renovar ideas agotadas, para rehacer proyectos envejecidos y recobrar el pulso de la verdadera pasión política, porque como dice Josep Ramoneda “del siglo de la pasión política, el poder ha aprendido a tener miedo de la ciudadanía”. “Basta de hechos, queremos promesas”, escribió una mano anónima en un muro de la ciudad de Quito, para expresar que no existen proyectos sin creencias y que en estos tiempos de crisis de las certezas lo que más se precisa es recobrar la certeza de la capacidad humana para cambiar la historia.

Me gustaría que este fuese el espíritu de la Escuela y el propósito de un programa al que ambición no le falta y nos propone un temario en el que he observado que hay una palabra que se repite más que ninguna otra: sostenibilidad. El término puede ser más o menos acertado, que a veces sirve de cajón de sastre y otras de caja de vacía y que es indudablemente discutible.

Pero, en todo caso, nadie puede dudar que forma parte de uno de los objetivos más esenciales de la sociedad de nuestros días.

Y, sin embargo, no podemos ignorar que no deja de ser uno de esos discursos de ámbito específico que, a falta de ideologías, pugnan por convertirse en ideologías de recambio. No deja de ser, además, un discurso para contemplar en sus dos caras si no queremos que se convierta en un prurito de ricos y en un lujo al alcance solo de unos pocos.

Es, en efecto, mucho lo que hay que sostener pero también mucho lo que resulta ya completamente insostenible en una sociedad que invita a lo que niega, que por un lado iguala en las ideas y las costumbres y, por otro lado, es enormemente desigual en las oportunidades que brinda y que mantiene paradojas tan obscenas como que el valor de los productos para mascotas animales que se venden cada año en los Estados Unidos es cuatro veces mayor que toda la producción de Etiopía. Y frente a eso no vale solo tranquilizar nuestras conciencias, porque la ayuda consuela pero no cuestiona. “Cuando doy comida a los pobres, dijo el obispo brasileño Helder Cámara, me llaman santo y cuando pregunto por que no tienen comida me llaman comunista”.

Preguntarse, aun más que responder, es en fin una de las tareas universitarias por excelencia. Tener curiosidad para interrogarse constituye la esencia del proceso de investigación y del conocimiento pero es también la base misma de la inquietud intelectual y del progreso humano. Como universitarios tenemos la responsabilidad de dar respuestas pero yo persigo, ante todo, una Universidad que nunca deje de hacerse preguntas, que frente a lo consabido se interese por lo que hay que saber, que se configure como un espacio de creatividad, de ideas, de reflexión crítica y de compromiso social, que se constituya en un instrumento activo de igualdad frente a la más radical de las desigualdades de nuestros días, la del conocimiento, y que más que adaptarse a la sociedad procure cambiarla. Eso es lo que queremos que caracterice a la universidad asturiana, por lo que trabajamos cada día y en lo que nos sentimos unidos con los amigos y amigas de UGT.

En eso nos sentimos, además, plenamente partícipes del espíritu de las jornadas de esta Escuela que ha de servir para consolidar vínculos y afirmar convicciones que nos ayuden a regenerar la acción y las ideas e imaginar nuevas preguntas que cubran el hueco de la ausencia de respuestas y permitan poner en positivo las palabras de Eduardo Galeano con las que quiero terminar: “¿cuántas almas no enfermas nos quedan todavía?. En su versión hebrea la palabra enfermo significa sin proyecto y ésta es la más grave enfermedad entre las muchas pesetas de estos tiempos. Pero alguien, quien sabe quien, escribió al pasar, en un muro de la ciudad de Bogotá: dejemos el pesimismo para tiempos mejores”.

Muchas gracias por su atención y mucho éxito a estas Jornadas.